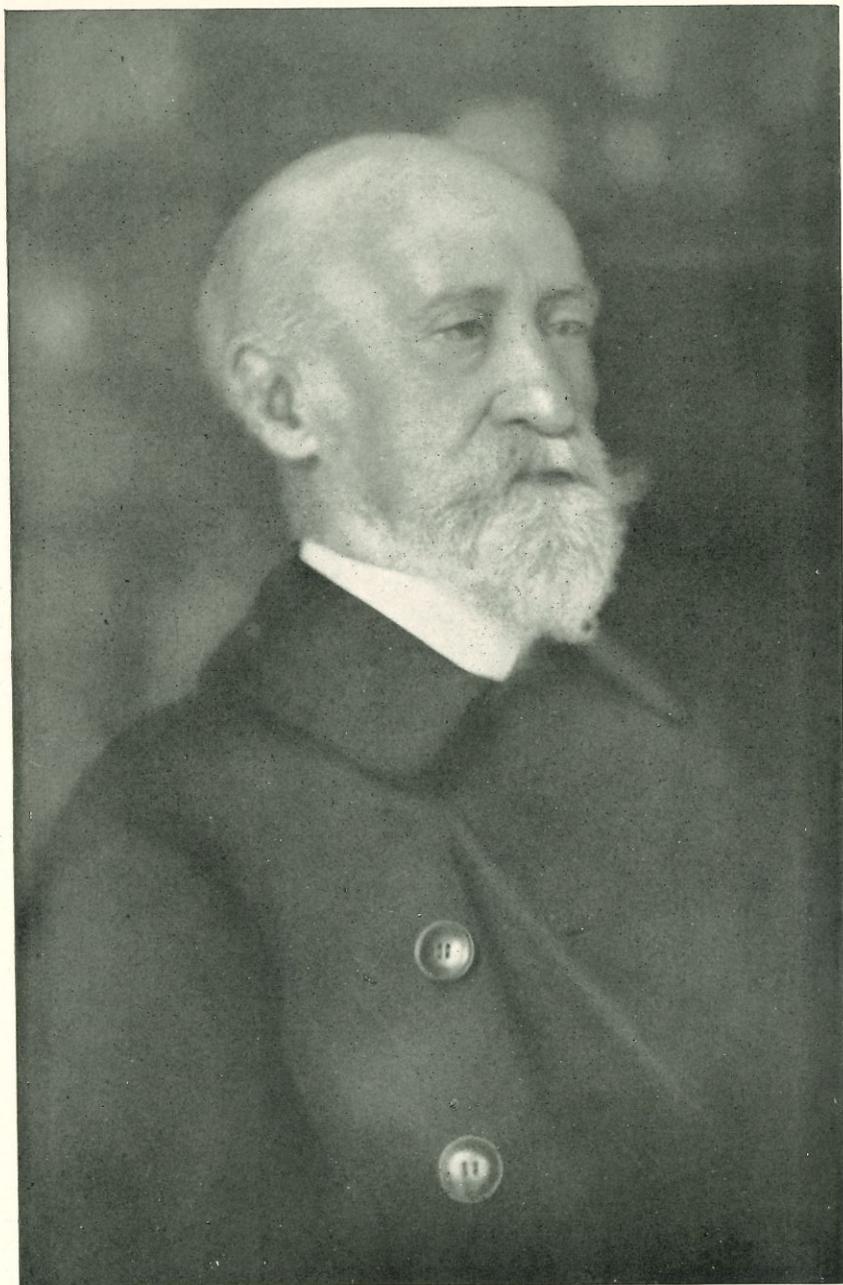


REAL ACADEMIA CATALANA DE BELLAS ARTES  
DE SAN JORGE

UNA BIOGRAFIA  
DE  
APELES MESTRES

POR

LUIS MASRIERA



APELES MESTRES

29 DE OCTUBRE DE 1854  
† 19 DE JULIO DE 1936

REAL ACADEMIA CATALANA DE BELLAS ARTES  
DE SAN JORGE

UNA BIOGRAFIA  
DE  
APELES MESTRES

LEÍDA POR SU AUTOR

D. LUIS MASRIERA

EN LA SESIÓN PÚBLICA CELEBRADA  
EL DÍA 30 DE MARZO DE 1946

Imp. Elzeviriana y Lib. Camí, S. A.  
Calle Torres Amat, 9  
BARCELONA

## APELES MESTRES

---

EXCMOS. SEÑORES :  
SEÑORES ACADÉMICOS :  
SEÑORES, SEÑORAS :

Pocos artistas he conocido que fueran objeto de tantos homenajes como lo fué Apeles Mestres. Especialmente durante su larga vejez, no hubo en Cataluña sociedad cultural, entidad dramática, casino o casinito que se preciara de intelectualidad, o grupo de rapsodas que no organizara una fiesta en honor del gran artista poeta, dibujante y músico, venerable por su edad, por su amor a la tierra y por su indiscutible talento.

Esta enorme popularidad, nos hacía preveer para el día que Dios le llamara, un entierro apoteósico, algo como toda la ciudad rindiendo el póstumo homenaje a su hijo predilecto. Así lo creíamos todos y así lo creía él cuando, sentando sobre sus rodillas su más querida ahijada, le contaba su vida y evocaba la enorme comitiva, los honores y las banderas que habían de acompañarle a la última morada.

¡Pero los designios de Dios son inescrutables!

Apeles Mestres murió en la madrugada del 19 de julio de 1936, cuando de las cárceles abiertas salían en confuso y desbordado torrente, políticos, ladrones y criminales y la gente loca se mataba por las calles.

Hacía algunos días que una durísima ictericia le tenía postrado en cama y rodeado sólo de sus servidores, de un sacerdote, (1) de su sobrino y de sus buenos amigos los esposos Renart, mientras el terror se extendía por la ciudad y el cielo empezaba a teñirse de rojo reflejando los templos que ardían, en aquella noche

---

(1) Este sacerdote era el Reverendo Ramón Garriga, celebradísimo poeta.

terrible, el artista dió su alma a Dios en su dulce nido del viejo pasaje Permanyer.

Su amigo telefoneó en seguida al Ayuntamiento. «Ha muerto el gran artista Apeles Mestres.» Le mandaron a paseo. ¡Bonitos estaban aquellos momentos para ocuparse de los artistas! Después de grandes esfuerzos se pudo obtener que una ambulancia pasara a la mañana siguiente a recoger el cadáver.

Llegó con la aurora el triste y nuevo día y llegó la ambulancia. Con toda la piedad posible en aquellos momentos, cubiertos con algunas flores de su jardín, colocaron en el coche los restos del artista. Y en la verja del pasaje su amigo y un vecino en mangas de camisa le dieron su último adiós.

La guerra continuaba en las calles más horrible que el día anterior, y entre el disparo de los fusiles y el ruido de las ametralladoras atravesaba la ambulancia conduciendo *solo*, completamente solo, al insigne artista hacia la fosa común. Al día siguiente la piedad y el cariño de su amigo y de su sobrino no pudieron soportar la idea de perder para siempre los restos del ser querido, y exponiendo mil veces su vida llegaron al cementerio.

Bullía también aquel triste lugar, una muchedumbre inmensa invadía las oficinas, gritando y amenazando a los empleados, para sepultar los cadáveres de los héroes revolucionarios. Afortunadamente, perdiéronse entre la multitud y ayudados de unas almas piadosas pudieron nuestros amigos dar con los restos de Apeles Mestres y sepultarlo ellos mismos en el panteón familiar.

Este fué el trágico homenaje que Barcelona tributó a un artista que hacía escasamente un año, que como a hijo predilecto había concedido la tan preciada medalla de oro de la ciudad, que solo dos veces se había otorgado a grandes artistas.

Pasaron como un mal sueño aquellos aciagos días y luego han pasado tantas cosas y en la horrible hecatombe mundial han desaparecido tantas celebridades, tantas poblaciones y obras de arte, que no es de extrañar que nosotros, los amigos y admiradores debamos al borde de 10 años el sencillo homenaje que no hubiera dejado de tributarle la ciudad el día de su muerte en una época normal.

\*

\*\*

Nuestra Real Academia, al enaltecer hoy la figura de uno de sus más preclaros miembros, empieza modestamente a cumplir los póstumos homenajes que parecen deberse todavía a nuestro

compañero. Para lo cual ha escogido mi pobre pluma, no exenta de buena voluntad y de cariño, pero sí de imparcialidad por los lazos de afecto que unían a Apeles Mestres con mi familia, lazos que me obligarán a hablar de ella porque en la vida de Apeles Mestres se encierra casi un capítulo de mis memorias. Él decía que había conocido cuatro generaciones de Masrieras y que deseaba conocer la quinta. ¡Poco le faltó para conocerla!

Siento, pues, señores, tenerles que hablar hoy de cosas mías, sólo me consuela la idea que si Apeles Mestres se encontrara en mi caso, si fuera él que escribiera mi biografía, le ocurriría lo mismo que me pasa a mí.

\*  
\* \*

Apeles Mestres nació el 29 ó 30 de octubre del año 1854. Y digo 29 ó 30 porque parece que vino al mundo en el momento que el reloj daba las 12 campanadas de la noche.

Hijo de un arquitecto famoso en aquellos días, al cual se deben algunos de los edificios más bellos de nuestra ciudad, ya creció en un ambiente de arte, y el nombre de Apeles con que le sacaron de pila demuestra las esperanzas paternas que se lograron con creces.

Fué su cuna una de las casas del viejo Barcelona, cuyo recuerdo le servirá luego para alguna de sus composiciones poéticas. Porque Apeles Mestres fué pintor, autor, músico y sobre todo poeta...

Ahora, señores, de continuar por este camino podría decirles lo que dijo el celebrado autor Tristan Bernard en un caso semejante. Todo esto lo he leído en un diccionario. Y no es mi intención dibujar la figura de Apeles Mestres de esta manera. Yo me propongo, y procuraré hacerlo, presentarlo a Uds. como lo he visto yo; y a través de la anécdota hacerlo vivir algunos momentos entre nosotros. Quisiera hacerme la ilusión de que entra por aquella puerta, con su paso firme a pesar de su ceguera, y le digo: «Siéntese aquí a mi lado y desovillemos los dos el hilo de nuestros recuerdos.» Y tomándole suavemente de la mano, porque él no quiere que se conozca su desgracia, le hago sentar muy cerca, muy cerca... porque si él no ve yo oigo mal.

Y para empezar le digo: ¿Ud. no debe recordar cuando le conocí?

Seguramente él me contestaría: «No lo recuerdo, aunque era tan amigo de su padre.»

— Pues yo no lo he olvidado nunca.

Recién llegado de estudiar en Ginebra, había pintado unas alegorías en esmalte para decorar un jarrón que los expositores catalanes ofrecieron a Monsieur Prevet, director de la Exposición de París, y encontreme al llegar al taller que mi padre le enseñaba mi obra.

Estaba sentado mirando muy de cerca mis esmaltes. Se había quitado los lentes y durante largo tiempo los analizó uno a uno con un interés que me dejó turbado. Salimos los tres hasta nuestros respectivos domicilios y al quedarme solo con mi padre le pregunté: «¿Verdaderamente son tan notables mis esmaltes que un hombre del talento de Apeles Mestres se haya pasado tanto tiempo contemplándolos?» A lo cual mi padre contestó:

— Ten presente que los sabios y los grandes artistas se interesan por las cosas pequeñas, en todo encuentran algo curioso o algo que aprender. Son los hombres pequeños, que tal vez para ocultar su pequeñez, parecen no hacer caso de nada y en todo encuentran algo que despreciar.

Tenía razón mi padre porque a Apeles Mestres le interesaba todo, todo lo creado por Dios desde los espacios siderales a la pequeña araña que teje su tela bajo una hoja de su jardín. Todo lo que hacían los hombres desde la producción de los colosos del arte al trabajo honrado del más modesto artista. Y este amor a todas las cosas, embellecido por la poesía que irradiaba su alma, era tal vez el principal atractivo, el encanto y la simpatía de su persona.

También recuerdo que aquel día, cuando doblábamos la esquina de la calle de Lauria y nos encontrábamos en la de Caspe frente a lo que llamábamos entonces el Palacio Fortuny, Apeles comunicó a mi padre que iba a ilustrar «El liberalismo es pecado» del Reverendo Sardá y Salvany. Admirable prueba de respeto y tolerancia. Porque Apeles Mestres era en aquel entonces *un republicano*. Claro que de aquella generación de republicanos como Roca y Roca, mi tío Paco, los Gallard y tantos otros que colaboraban en los periódicos de su partido, pero que abominando el derramamiento de sangre, vivían como el pez en el agua dentro del orden y la libertad de la monarquía.

Este solo hecho demuestra, tanto por parte de los que encargaron el trabajo al ilustrador de la «Campana de Gracia», como por parte de Apeles aceptando ilustrar una obra distan-

ciada de su credo político, la comprensión y el respeto que tenían los intelectuales de aquella época a toda doctrina profesada de buena fe.

Pasé luego largos años sin volver a tratar a Apeles Mestres. Supe que estaba enfermo, que una aguda neurastenia le tenía recluído en casa y no le permitía alejarse del pasaje. Supe también que durante este tiempo trabajó de firme, que produjo infinidad de dibujos y escribió mucho. Tengo a la vista tres libros inéditos donde cada día pintaba una acuarela de las prodigiosas aventuras «D'en Doba y en Quiroba». Esta especie de diario graciosísimo que él titulaba «Libre del Convalescent» se espació con el tiempo, pero se decidió a acabarlo pocos días antes de curar.

Mucho se habló en Barcelona de la manera prodigiosa que en un día el pintor Ramón Casas curó su enfermedad, invitándole y convenciéndole de que diera un paseo en automóvil. Se dejó convencer, aunque salió de casa inquieto y temeroso de lo que iba a pasarle. No le pasó nada y regresó a su casa completamente curado. Había estado recluído en casa 14 años y medio.

Pasaron estos y otros años y aquel Apeles Mestres que había conocido, alto, delgado, con el cabello negro y la barba correctamente recortada, la cara larga y flaca bajo la frente espaciosa, frente de sabio, los ojos saltones de miope, que miraban con expresión algo soñadora, siempre correctamente vestido, sin los cabellos largos y la eterna pipa de algunos de los artistas de su tiempo, natural en sus actos y en sus gestos. Aquel Apeles Mestres de mis recuerdos era cuando le volví a tratar un señor con el pelo gris amable y correcto, cuya simpatía se había acrecentado con los años. Y a pesar de ser ya un nombre insigne era, como había sido siempre, un perfecto caballero y sobre todo un señor bien educado.

Yo era un hombre maduro, él entraba en la vejez.

\*

\*\*

Le vi en su casa. Un pequeño nido del viejo pasaje isabelino que se llama Pasaje Permanyer. En aquella casita de una sola planta con su jardincito delante, cerrado con una verja como todos los del pasaje, donde una palmera, en su lucha para desarrollarse, había agrietado la pared que le servía de valla. Era el palacio de las pequeñas grandes cosas, era el nido del ensueño, una síntesis de la madre naturaleza y un catálogo o índice de la vida de Apeles Mestres.

Atravesé el jardín y subí cuatro peldaños de mármol que conducían a la puerta. Esta se abría delante de un corredor, materialmente tapizado de dibujos y pinturas, recuerdos de los más nombrados artistas.

A un lado de este corredor se abría el estudio del artista: un tapiz flamenco, una coraza y casco del siglo XVI, dos estupendas arquillas de talla seguramente del XVII, mayólicas persas y platos orientales, una calavera y otros mil recuerdos y antigüedades.... y papeles, muchos papeles, papeles sobre la mesa despacho colocada en un ángulo y papeles sobre el alto pupitre, para dibujar de pie, colocado a la luz de la ventana.

Frente a este estudio había un saloncito moderno de las mismas dimensiones, con cuadros, dibujos y retratos, recuerdos íntimos del artista.

Y al final del corredor el salón donde Apeles recibía a sus amistades, lleno de cuadros en las paredes como en toda la casa. Y al lado, otro cuarto más pequeño donde guardaba sus colecciones. Porque a sus múltiples actividades unía la de coleccionista. Era famosa su colección de Epifanías, de Anunciaciones, de juguetes antiguos y de soldados de plomo, de felicitaciones navideñas, etc., etc.

\*  
\*\*

«El señor está con sus flores», me dice la criada. Subo por una escalerita interior al terrado convertido en jardín. Allí me recibe Apeles con indumentaria de jardinero en mangas de camisa, pantalones de hilo crudo, descalzo, con un inmenso sombrero de paja y la regadera en la mano. Orgulloso de su traje y de su jardinería. Y me muestra en innumerables macetas los frutos de sus trabajos: el trigo sembrado en octubre que ya empieza a verdear, unas ramas de almendro cubiertas de flores, judías y guisantes, etc., una muestra de lo que se cultiva en nuestros campos. Y flores, muchas flores, toda clase y variedad de flores. Pero lo más notable y lo que más halagaba su amor propio de jardinero, es el haber obtenido una variedad de hortensias de un tamaño y una belleza sorprendentes.

Recuerdo que, después de haber estrenado sus canciones en mi estudio, me mandó la mayor hortensia que he visto en mi vida acompañada de una tarjeta que decía: «El jardinero agradecido».

Aunque aquella casita, síntesis de las actividades del maestro, estaba repleta de obras de arte y objetos interesantísimos, lo más interesante sin duda era el artista que la habitaba.

Era un viejo con el alma tan ingenua, tan sensible, tan tolerante para las ideas de la juventud, prodigaba su talento con tal naturalidad y era tan humano en todas sus cosas, que se hacía querer en seguida.

Aunque disimulaba su ceguera, que desgraciadamente crecía, aunque con lentitud, irradiaba su persona la simpatía que nos causan los ciegos. Por esto en aquel saloncito, donde siempre encontraba alguno de sus íntimos amigos: Federico Lliurat, Joaquín Renart, Luis Vía, Llobet el guitarrista, el violinista Mas-siá, el crítico Marinello, Mercedes Plantada, etc., con alguno de sus compañeros los poetas de Barcelona, por aquel saloncito habían desfilado también notables artistas de España y del extranjero, como Manuel de Falla, Pereda, Pérez Galdós, Martínez Sierra, María Guerrero y Díaz de Mendoza, el músico francés Massanet y tantos otros que sería prolijo enumerar.

\*  
\*\*

Apeles Mestres pertenecía al grupo que no estaba conforme con las normas impuestas para la reforma de la ortografía catalana. Grupo que llamábamos de la *i griega*, porque con ella escribían la conjunción *i*, como se escribe en castellano, y como la escribían los grandes poetas Jacinto Verdaguer, Angel Guimerá, Francisco Mateu, el filólogo Arturo Masriera, Narciso Oller y tantos otros. Grupo que no estaba conforme en admitir sin discusión todas las reformas del grupo de L'Avenç impuestas por un discípulo o compañero de Joaquín Casas, reformas que aceptaba mi generación por disciplina, aún sospechando que los viejos acertaban tal vez en muchas cosas.

Apeles Mestres, con su carácter contemporizador y transigente, se portó en este pleito sin claudicar sus convicciones, él escribió siempre con la *i griega*, pero permitió la impresión de sus obras con la nueva ortografía, cuando era la de la editorial que las publicaba.

\*  
\*\*

Si ahora fuera verdad que Apeles Mestres se encontrara a mi lado, seguramente me diría muy bajito: «Hable ya Masriera de mis obras que probablemente interesan más a esos señores que

mi vulgar persona». Allá voy, amigo mío, pero no dejan de ser también obras de Ud. los hechos de su vida.

\*  
\*\*

Una mañana del año 1925 celebrábamos unos cuantos amigos, en un saloncito de un restaurante de la Plaza Cataluña, las bodas de oro de Apeles Mestres con la literatura. Hacía 50 años que publicó su primer libro de versos titulado «Avant».

Era una comida íntima que le ofrecíamos unos pocos compañeros y admiradores. Recuerdo allí a Francisco Mateu, el pintor Ramón Casas, el maestro Millet, los célebres escenógrafos Vilumara y Alarma, a Federico Lliurat, a Enrique Borrás, a Joaquín Renart y hasta veinticinco, con mi hijo, mi sobrino y yo.

A la hora de los brindis, porque los hubo, que un banquete sin discursos es una campana sin badajo, hablé yo encareciendo la figura de Apeles Mestres como pintor, replicóme mi hijo considerándole primordialmente como poeta, poeta en todas sus actividades, y replicó a su vez mi sobrino ponderando su sensibilidad musical, cuya armonía era la característica de su producción. Rectifiqué yo colocándole como artista perfecto, artista cuando pinta, artista cuando escribe y artista cuando canta. Pues su obra nos seduce porque se forja en un corazón de artista.

Verdaderamente puede decirse que la obra de Apeles Mestres confirmó la teoría de los que creen que el Arte es uno y que las diversas bellas artes son facetas cuya técnica se aprende.

Nadie ha logrado definir el Arte porque es algo que se siente y es difícil de explicar, pero es indudable que el artista es un hombre sensible a la belleza, un hombre que siente, pero así como hay que conocer algún idioma para expresar un pensamiento, del mismo modo hay que conocer la técnica de alguna de las bellas artes para expresar lo que sentimos.

En este concepto, Apeles Mestres era verdaderamente notable, tenía una prodigiosa facultad de adaptación a todas las técnicas y una alma abierta a la poesía, ella viniera vestida de color, de línea, de palabra o de música. Porque era, como he dicho, un artista y en todas sus manifestaciones un poeta.

## APELES MESTRES

### Pintor

Nunca he olvidado la impresión que me produjo en mi adolescencia la obra de Bulwer Litton «Dione o los últimos días de Pompeya», ilustrada por Apeles Mestres. Era la primera novela que leía y aquellos dibujos tan justos y tan llenos de color y de ambiente me encantaban. No me cansaba de mirarlos y casi los aprendí de memoria.

Pero lo más extraordinario es que después de tantos años, dominando ya mi técnica y apreciando como pintor las cualidades y defectos de los otros pintores, cuando miro los dibujos con ojos tan distintos, y, ¿para qué no decirlo?, con ojos de desengañado, lo más extraordinario es que abro el libro de Bulwer Litton y vuelvo a sentir la misma sensación de sano frescor que sentí en mi adolescencia.

¿Por qué será? Yo creo que es porque en aquellos dibujos tan sencillos palpita el alma de un artista y de un hombre ilustrado. En todos sus dibujos tanto los del Quijote, como los de los Episodios Nacionales, La Hija del Rey de Egipto y tantas otras obras que ilustró, hay una cultura, una distinción, una naturalidad, un estudio y una sabiduría que los hace inolvidables. Y además en todas las ilustraciones de Apeles Mestres hay una fusión completa, una armonía perfecta entre la idea y la línea.

Esta armonía, que cuando las obras que ilustra no son debidas a su pluma encanta por su justeza, es maravillosa cuando ilustra sus propias obras. En este concepto es tal vez el poema Liliana su obra maestra. Es un monumento a los más bellos sentimientos de un corazón de poeta y las cualidades máximas que le adornaban como pintor.

Los dibujos son correctísimos, de un «savoir faire» admirable y tienen tal vez tanta o más poesía que los versos. Porque Apeles Mestres, si pintaba cuando escribía, era poeta cuando pintaba y en todos sus dibujos hay además de elegancia aquella gracia decorativa que raras veces se encuentra en los pintores realistas.

Analizando su obra parece el precursor de este gran artista americano el incomparable Walt Disney, como los dos parecen heredar la sensibilidad del sublime Andersen. Esta trinidad An-

dersen, Apeles y Walt Disney, cantan cada uno a su manera la vida de los seres pequeños; les consideran espejos de los humanos y parecen traducir su lenguaje y sus afectos.

En el poema Liliana esta semblanza es más que una simple casualidad, es ya una coincidencia de sentimiento. ¿No es curioso que los tres Gnomos de Apeles: Flok, Mik y Puk se parezcan tanto a los siete enanitos, que al cabo de 40 años nos ha ofrecido Walt Disney? Claro que la técnica es distinta, porque es distinta la época, y a pesar de ser muy personales los dos no pueden ocultar en los tiempos que han vivido. Porque en todas las artes plásticas se refleja, sin que pueda el artista corregirlo, no sólo la época, sino el temperamento y hasta la estirpe del artista. Hasta en las obras de los más célebres se aprecia la distinción o la rudeza.

Pueden gustar más o menos los dibujos de Apeles Mestres, pero nadie puede negar la distinción que hay en su sencillez, que no son plebeyos, que son dibujos *bien educados*.

Y nadie tampoco puede negar que son personales. Él y José Luis Pellicer fueron durante mucho tiempo lo que ahora llamaríamos los *ases* de la ilustración en Barcelona, y no había necesidad de leer la firma para conocer en seguida el nombre de los autores.

Un temperamento tan estudioso, de tan vastísima cultura y tan artista tenía necesariamente que brillar en otras ramas de la pintura, y así le vemos en ocasiones dibujar figurines, planear decorados, pintar a la acuarela y al óleo y sobre todo estudiar y sorprender la línea de los animalitos que canta en sus poesías, con una gracia y un movimiento admirables.

## APELES MESTRES

### Poeta

Si los dibujos de Apeles Mestres se funden en la poesía, sus poesías se funden en la música.

Esta es la característica de toda su obra incluir en un solo conjunto: la pintura, la poesía y la música, y siendo el teatro hogar de todas las bellas artes, necesariamente tenía que llegar a él.

Pero antes de hablar de Apeles Mestres como autor dramático hay que decir dos palabras del camino que siguió en el campo literario.

\*  
\*\*

Retrocedamos medio siglo.

Era yo un niño que estudiaba la *retórica* y *poética* del bachillerato de aquel entonces. Recuerdo que un día al entrar mi padre nos dijo: «¡Gran noticia! Apeles Mestres ha presentado al certamen de los Juegos Florales una poesía verdaderamente notable. Es una réplica a la conocida fábula de Laffontaine, *La Cigarra y la hormiga*. Seguramente se lleva la flor natural.» Nos alegró la noticia, Apeles Mestres además de ser amigo de mi padre, era muy popular entre los muchachos de mi edad que sabíamos casi de memoria sus historietas ilustradas. Y esperábamos como un premio la asistencia a los Juegos Florales que era para nosotros un día de asueto. Un domingo excepcional, que comíamos a la francesa para llegar pronto a la fiesta, que se celebraba a las dos en la gran sala gótica de este mismo edificio. Y constituía un espectáculo único que nos admiraba y nos imponía, y nos proporcionaba el darnos tono al día siguiente en la escuela.

Aquel año tenía además para nosotros el atractivo de ser un amigo de casa el héroe del concurso. Sabíamos que la reina de la fiesta era una viejecita, la propia abuela del poeta, lo que daba un carácter sentimental y simpático al certamen, que no había ocurrido nunca.

No puedo menos que dedicar algunos párrafos al libro de los Juegos Florales de aquel año, porque es un tomito encan-

tador que evoca los sentimientos poéticos de aquellos días, un verdadero documento histórico que nos traslada a aquellos tiempos, mejor que las descripciones políticas de las enciclopedias.

Es el tomo de las bodas de plata de la restauración de los Juegos.

Tiene en la primera página un sello, con el arpa de los trovadores en el centro rodeada de la leyenda *Patria, Fides, Amor*.

*Patria, Fe y Amor*, palabras que repetimos hoy con lágrimas en los ojos, cuando vemos, tantas veces por el mundo, el concepto de patria pisoteado por el internacionalismo, la fe por el ateísmo y por odio y venganza el amor. Ahora que por olvidarlos se vuelve loca la humanidad y que no habrá paz y alegría entre los hombres hasta que estos tres sublimes ideales vuelvan a reinar en el mundo.

*Patria, Fides, Amor* encabezan este libro.

Siguen los nombres de los mantenedores, de los poetas premiados en los anteriores Juegos, de los autores y adjuntos de número. Luego el acta del secretario y en seguida el discurso del Gobernador Civil, que preside la fiesta. A continuación el discurso del Presidente del Consistorio D. Manuel Milá y Fontanals y la memoria del Secretario que al describir las obras premiadas, hace notar en algunas sus defectos, o lo que él cree ser defectos, porque leídos ahora, después que el tiempo ha sancionado las cosas, no asoma por ninguna parte su punto de vista, sólo asoma el mal gusto de encontrar peros a la Flor Natural en el acto que se enaltece al poeta premiado.

Después de la memoria del Secretario siguen las poesías premiadas, todas interesantes, entre las cuales descuellan: la Flor Natural a «La cigala y la formiga», de Apeles Mestres. La Englantina a «Los Pirineos», de José Franquesa y Gomis, y la Viola a «Las Noces d'or», de Arturo Masriera, y la célebre «Oda a Barcelona», del eximio Jacinto Verdaguer, para acabar con el Discurso de Gracias del que fué Ministro de España Víctor Balaguer.

Este tomito puede decirse que es un libro que respira amor, amor a la poesía, amor a la familia, amor a los notables, amor a Cataluña, amor a España.

Las brillantes palabras del Gobernador, que exaltan las cualidades de Cataluña y de su lengua, acaban con estas frases: «ni escusemos sacrificio alguno, en aras a nuestro amor a la patria, para que Cataluña sea próspera y para que España toda sea feliz.»

Sobre las conocidas palabras del inmortal Cervantes: «Archivo de cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, etc.», el gran poeta Jacinto Verdaguer nos ofrece su maravillosa «*Oda a Barcelona*».

Y Víctor Balaguer, Maestro en Gay Saber, acaba el libro con esta frase final:

«Endevant sempre, crehuats de Catalunya en nom de la Patria, la Fe y del Amor, la Trinitat santa de tots quants son de nostra religió y de nostre temple, de tots quants desitjan que nostra Catalunya vagi per tot arreu, alt lo cap y ferm lo cor predicant la creuhada santa de la atracció y del amor, de la unitat española y la fraternitat llatina.»

Con estas palabras Víctor Balaguer acaba el libro que encierra el primer triunfo oficial de Apeles Mestres.

Día para él inolvidable, que he tenido interés en describirlos porque marca en su vida un punto de partida y nos revela ya su temperamento y su manera de sentir.

Nos revela al hombre de delicados sentimientos por el gesto de nombrar a su abuela Reina de la Fiesta. Nos revela al poeta orgulloso de su profesión defendiendo a la Cigarra, que en el verso premiado representa no sólo la poesía sino todo trabajo intelectual. Propósito y finalidad que encontraremos muchas veces en su obra.

Todos conocemos la fábula de Laffontaine que trata la cigarra de holgazana, porque canta, Apeles reivindica para el canto los laureles y frutos del trabajo:

Es el Juglar muerto de hambre y frío que pide hospitalidad al segador, el cual, como en la fábula, se la niega y le trata de holgazán y de cigarra.

#### JUGLAR

Si per menyspreu m'has nomenat cigala  
poch sabs lo tort que filas;  
cigala m'ha fet Déu y ho ting á gala,  
cigala só y seré que bat són ala  
portant cansons per las ciutats y vilas.  
Si un orgull hi ha en lo mon que siga noble  
es l'orgull del treball; pero imaginas  
que treballa no més lo pobre poble  
que fa garbas al camp y al bosch feixinas?

La tasca qu'al bressol Déu nos imposa,  
es molt més gran que tón magí suposa  
y ay de la Humanitat, si las fadigas  
no'ns partíssim Cigalas y Formigas!

Sigue el Juglar dando sus razones hasta que el segador se  
rinde, y acaba cantando el juglar:

### CANSÓ D'ESTIU

Quinze anys apenas llavors tenía  
y ab lo cor jove y'l front altiu,  
sens mes fortuna ni companyía  
que ma bandola y un cant festiu,  
per entre espigas que rossejavan  
la brisa tévia mená món pas...  
y las cigalas entorn cantaban  
canta que canta que cantarás.

Rojas y bellas y encisadoras,  
los peus descalsos y'l riure foll,  
una caterva de segadoras  
pe'l camp corría sóbre'l rostoll.

Pe'l camp corrían y al riu baixavan,  
las garbas llestas, la dalla al bras...  
y las cigalas las saludavan  
canta que canta que cantarás.

Una entre totes, l'espigolayre  
la més garrida, ferí món cor;  
són cabell negre, flotant en l'ayre,  
cenyían rossas espigues d'or.

Vermells sos llavis ab goig sonreyan,  
d'ulls més hermosos no n'he vist pas,...  
y las cigalas qu'hermosa! deyan  
canta que canta que cantarás.

Quedantse enrera de ses amigas  
la vista'm clava tantost me veu;

posá en mos rissos un pom d'espigas  
m'allargá'l cantí y'm digué: Beu!

Si sos ulls negres món cor cremavan  
l'aygua era dolsa, freda com glás,...  
y las cigalas en tant cantavan  
canta que canta que cantarás.

— Gracias, vaig dirli; que Déu te doni  
tot quant desitxis y més encar;  
del cor que'm robas Déu te perdoni  
mentre no olvidis may al juglar. —

Y va allunyarse! Folls per seguirla  
mos ulls li deyan: Perqué te'n vas?...  
y las cigalas van despedirla  
canta que canta que cantarás.

De fulla morta los camps s'umplían,  
la boyra espessa tapava'l sol,  
las orenetas xisclant fugían  
y no cantava ya 'l rossinyol.

Oh espigolayre! prou te buscavan  
mos ulls ansiosos del camp al riu...  
més las cigalas ya no cantavan,  
ya no cantavan com al estiu.

Sangloto encara no més pensanthi,  
y'm sembla veure dintre'l fossar  
una creu d'alba, prop d'ella un cantí  
y un pom d'espigas rossas encar.

De genolls queya, mos ulls ploravan  
y en las espigas posava un bés...  
ay, las cigalas ya no cantavan,  
ya no cantavan ni han cantat més!

#### SE G A D O R

Abrássam trovador! Ta cansó bella  
una llágrima ha dut a ma parpella,  
un raig del sol d'estiu á ma cufurna  
que sepulta la néu y'l vent assota

y á món cor ensopit radiosa espurna  
d'aquella flama dels vint anys remota.

Y are, juglar perquè de mi no's diga  
que só la vil formiga de la faula,  
vols benehir lo sostre que t'abriga  
y acceptar lo méu lloch al cap de taula ?

JUGLAR

Déixam besar la ma qu'aixís m'obliga...

SEGADOR

No, Cigala encaixém !

JUGLAR

Gracias, Formiga !

---

La obra literaria de Apeles Mestres es enorme, vamos a recitar una poesía de su primer libro y otras de sus últimas baladas

## LA PRINCESETA

### I

La Princeseta surt al balcó.  
Passa un pobre pescadó  
la Princesa axís li diu :  
— No'm diríeu d'hont veniu ?  
el sol cau y'l vent bruela !  
—Vinch del riu y torno al riu,  
la Damisela ;  
si voléu venirhi ab mi,  
jo us en mostraré'l camí.  
— Al riu nó ;  
sola ab vos, tindría pó. —

II

La Princeseta surt al balcó.  
Passa un noble caçadó;  
la Princeseta axís li diu:  
— No'm dirieu d'hont veniu?  
el sol cau y'l vent bruela!  
— Vinch del bosch y torno al bosch,  
la Damisela;  
si voléu venir ab mi,  
jo us en mostraré'l camí.  
— Al bosch nó;  
sola ab vos, tindria pó.—

III

La Princeseta surt al balcó.  
Passa arrán un papalló;  
la Princeseta axís li diu:  
— No'm dirieu d'hont veniu?  
el sol cau y'l vent bruela!  
— Vinch del cel y torno al cel,  
la Damisela;  
si voleu venirhi ab mi  
jo us en mostraré'l camí.  
Ben segú  
si tingués ales com tu! —

---

FENT CAMÍ

Sense voler, pel camí de la ermita  
varen trobarse de bon dematí;  
ella portava un pomell de violetes,  
ell duya un ram de flayrós romaní.  
Garla que garla, s'escursa'l camí.

Ell que li diu: — Y que'n sóu de bonica!  
Ella respon: — Y que'n sóu de coquí!

— Si voléu darne'l pomell de violetes,  
jo us donaria'l flayrós romaní. —

Garla que garla, s'escursa'l camí.

— Qué'n faréu vós del pomell de violetes ?

— Vós que'n fareu del flayrós romaní ?

— Si m'ho diguessiu també us ho diria.

— Si ho diéu vós jo també ho faré axí. —

Garla que garla, s'escursa'l camí.

— Jo'l posaría damunt dels meus llavis  
y'l besaría de vespre y matí.

— Jo'l posaría al altar de la Verge  
perque la Verge us guardés de mentí. —

Garla que garla, s'escursa'l camí.

---

### PRELUDI

Jo visch rodejat de somnis

dés que só nat,

y ab tót y creurehi apenas

m'agradant tant.

Somío una veu dolcissima

y un bés suau, suau,

y un amór que 'ls anys que passen

no apagan may.....

Somío una terra fétil

d'eterna pau.....

Somío uns homes que crusan

cel, terra y mar,

y que, sense dirho, diuen :

— Tots són germans.....

Somío... en fí... no ho recordo

m'esforso en vá,

que veig confósos mós somnis

tant com més clars.

.....

Més no sé perquè al deixarme

somnis tant grats

móltas vegadas voldría

poder plorar.

## EPÍLECH

De poncellas y flors cullidas en lo camp  
de ma imaginació, n'he format aqueix ram ;  
viu, viu eternament per fer viure sens fi  
la imatge d'aquell sér á qui deus més qu'á mí.

Adeusiau, oh flors qu'heu brotat de món frónt,  
escampeu's y cumpliu vostre missió en l' món.

Partiu dret al cor trist que de sufrir s' cansa  
y obriuli un nou camí de Virtut y Esperanza ;  
partíu cap al cervell á qui l'dubte confón  
y de Gloria y Progrés mostreuli un horizont.

.....  
Jo só jóve, só un noy ; si un día m'veyeu véll  
Esperansas d'avuy que'l viure m'feu tan béll,  
trasformeu's en Recorts, y á món entorn flotant  
crídeume Avant encar, y encar respondré AVANT.

---

He dicho ya, que un hombre que cultivaba con igual éxito, la pintura, la literatura y la música debía brillar en el teatro, que es el hogar de todas las musas.

Tarde empezó a probar fortuna. Tenía ya 47 años cuando se estrenaron sus primeras obras en el Tívoli. Después siguió escribiendo, porque no hay nada tan tentador como el teatro, y cuando empezamos nuestras relaciones teatrales había ya producido cerca de 60 obras.

La producción escénica de Apeles Mestres ocuparía una conferencia. Después de «La Sirena», que en mi concepto resume sus cualidades de comediógrafo (y de la cual contaba él una anécdota para demostrar la falta de cultura de algunos actores), mencionaré sólo la evolución de sus últimos años en las obras que escribió para nosotros.

«La Sirena» es una poética marina representada por tipos de una verdad pocas veces superada. Una *marina del natural*, como decimos los pintores, llevada a la escena por un poeta. Escrita en verso blanco de una cadencia musical perfecta, es tal vez la obra que ha merecido más aplausos. Contaba Apeles que cuando la ensayaba en un teatro profesional, de cuyo nombre no quiero

acordarme, discutían los actores si estaba escrita en verso o en prosa, y cuando llegó el autor le hicieron la pregunta... tampoco recuerdo lo que les dijo, pero no sería muy duro porque Apeles era muy bien educado.

Él apreciaba en los actores, sobre todas sus cualidades, la *naturalidad*. Era contrario del tono declamatorio y no podía sufrir a los artistas amanerados.

Una noche un grupo de rapsodas, le ofrecieron un homenaje. El teatro estaba lleno, Apeles Mestres con nosotros en un palco. Recuerdo que cinco o seis rapsodas se colocaron en fila en el escenario; tiesos y envarados frente al público empezaron a recitar una «marina».

Decía uno con dramática voz de trueno...

— Palers, oh palers, veniu a dona'ls pals.

Y respondía otro, con voz más dramática todavía.

— Au Quirse anemhi.

Y un tercero como desolado. — Vaja que esperas.

En fin todos recitaban los párrafos más sencillos como si ocurriese una catástrofe.

Nunca ví a Apeles Mestres tan nervioso. ¿Cómo decir algo amable a aquellos desgraciados artistas que pretendían hacerle un homenaje? Y sin embargo no hubo otro remedio... tuvo que felicitarles.

Es la desgracia de los grandes hombres el sufrir elucubraciones de los artistas malos. Retratos desgraciados, poesías desastrosas, alabanzas tontas... y otras impertinencias que no pueden rechazar.

Después de la fiesta dedicada a Molière, que fué la primera que asistió a nuestras representaciones, tuvo, Apeles Mestres, palabras de tan alta estima para nuestra interpretación, que la más rudimentaria modestia no permite consignar. Nosotros le estrenamos los dos magníficos cuadros de: «L'Home des Arsos» (un acto en verso con música del autor), que dificultades escénicas no habían permitido representar en los teatros profesionales. Y luego escribió para nosotros evolucionando hacia el teatro que llamamos *pictórico*; «Blanc, sobre blanc», «Art y Lletres» y «Al peu del sepulcre».

Estas obras representan una gran evolución en la técnica teatral que había empleado hasta entonces, lo cual a su edad declara una juventud de alma pocas veces alcanzada.

## APELES MESTRES

### Músico

Él decía: «Doy todos mis dibujos y toda mi obra de poeta por una sola canción, y doy todas mis canciones por una flor.»

De esta frase se desprende que su verdadera pasión eran las flores y la música.

Y a mí me parece Apeles Mestres, más que un músico un poeta que canta. Como en las obras de los grandes poetas músicos, Wagner, Arrigo Boito, Anselmo Clavé, en sus canciones la palabra es tan necesaria a la música, como la música a la palabra.

Aquí en España concedemos a la palabra un papel más que secundario, especialmente cuando se trata de música italiana y la mayoría de los oyentes no sólo no aprecian las cualidades de pronunciación de los cantantes, sino que ni entienden lo que dicen.

En las canciones de Apeles Mestres las palabras son tan indispensables, tan fundamentales y están tan perfectamente ligadas a la melodía, que son el mayor encanto del conjunto.

Apeles Mestres es un espontáneo, como aquellos cantores anónimos del pueblo cuya asombrosa intuición nos ha dejado una riqueza de temas sobre los cuales los más inspirados músicos han levantado sus composiciones. Sus melodías son como aquellas flores silvestres que el jardinero convierte con sus injertos en espléndidas flores ciudadanas; o como la pequeña fresa del bosque con cuyo intenso y penetrante perfume la fresa cultivada no puede competir. No en vano dijo el gran maestro Manuel de Falla de sus canciones: «que ellas encierran tal profusión de temas que pueden llenar la vida de un compositor.»

\*  
\*\*

Una tarde del mes de diciembre de 1922, se estrenaban en mi estudio las primeras canciones de Apeles Mestres. Cantolas admirablemente, el después gran tenor Emilio Vendrell acompañado al piano por Juan Massiá. Fué un día memorable, fué una revelación..... muy pocos conocían las cualidades musicales de Apeles.

Salió el primer tomo con esta dedicatoria: «Al amich Lluís Masriera que tant galantment obrí la gabia en aquestes cansons perquè prenguesen la primera volada.»

Sí, Apeles, tomaron el vuelo y desde mi casa llegaron más alto de lo que Ud. mismo podía creer.

Y hoy, al cabo de veinticuatro años, como justo homenaje, sus admiradores vamos a repetir el mismo programa con el mismo Vendrell y el mismo Massiá, para que vuelen ahora hasta las regiones celestes donde se encuentra su alma.